

VIAJANDO POR ANDALUCÍA: EL TESTIMONIO DE ALGUNAS ESCRITORAS VICTORIANAS

Blanca Krauel Heredia
Universidad de Málaga

RESUMEN

Impresiones de viaje de seis escritoras inglesas que visitaron Andalucía antes y después de la Revolución de 1868. Viajan en tren sobre todo, recurren a sus cónsules cuando pueden y chapurrean el español. Se alojan en hoteles confortables pero caros si se tiene en cuenta la comida que ofrecen. Son testigos de los cambios que vive la sociedad andaluza en aquellos años. Se interesan tanto por las catedrales, pinacotecas y monumentos árabes como por la nueva libertad de culto, la organización hospitalaria y los sentimientos republicanos de una parte de la población. Ya no son los bandidos quienes amenazan la seguridad de los caminos, sino las partidas carlistas.

PALABRAS CLAVE: Viajeras, Andalucía, ferrocarril, sociedad, política.

ABSTRACT

«Through Andalusia: the account of some Victorian travelwomen». The present article deals with the impressions that six English lady travellers got of Andalusia before and after the Revolution of 1868. They travelled mainly by train, turned to the British consuls for help and spoke some Spanish. They stayed in comfortable and expensive hotels with quality food. They witnessed the changes that the Andalusian society went through in those years. They were interested in cathedrals, museums and Arabic monuments the same as in the new freedom of worship, hospital facilities and republican sentiments on a part of the population. They checked that highway men no longer threatened the roads but Carlist gangs.

KEY WORDS: Lady travellers, Andalusia, railways, society, politics.

En las páginas que siguen me acerco a cómo vieron Andalucía seis señoras inglesas —Mary Elizabeth Herbert, George Eliot, Annie J. Harvey, Matilda Betham-Edwards, Mrs. William Augustus Tollemache, y Frances Dickinson— que visitaron esta tierra entre 1866 y 1881. La mayoría eran escritoras profesionales y habían leído las relaciones de viajeros anteriores, en especial el *Handbook for Travellers in Spain and Readers at Home* de Richard Ford. Por eso prescinden, en la medida de lo



posible, de las descripciones de monumentos, tipos humanos y costumbres. En sus libros abundan las opiniones personales, las reflexiones no siempre originales, los comentarios ingenuos y maliciosos. Las viajeras son bastante objetivas —algunas más que otras— a la hora de examinar la realidad andaluza. Y si es preciso, critican a sus compatriotas por la forma en que se comportan. Algo impensable veinte o veinticinco años antes. Estas damas victorianas vinieron a España en una época de importantes transformaciones económicas, efervescencia social y cambios políticos. Podemos seguir el desarrollo del ferrocarril en Andalucía gracias al testimonio que nos proporcionan sus relatos. Fueron testigos asimismo de algunos momentos trascendentales de la historia contemporánea española. Pero lo mejor es que entremos en detalle y lo hacemos comenzando con unos breves datos biográficos, para pasar luego a cómo queda Andalucía reflejada en sus escritos.

Mary Elizabeth Herbert (1822-1911), viuda del estadista Sydney Herbert (Lord Herbert of Lea), se convirtió al catolicismo en 1865. Al año siguiente emprendía un viaje a España con sus hijos por motivos de salud. Lady Herbert escribirá más tarde que la luz del sol era la razón que movía a los ingleses a congregarse cada año, por el mes de noviembre, en los transbordadores que zarpaban de Dover y Folkestone¹. No exageraba. La creencia en el valor terapéutico del clima mediterráneo indujo a muchos británicos, enfermos de tuberculosis o tisis, a visitar Roma y Nápoles en los años treinta y cuarenta. A mediados de siglo Málaga, Malta y Argel gozaban de cierta reputación como lugares para invernar. Pero en los años setenta se impondrá la Riviera, desde Niza hasta Bordighera. No es que se creyera que el clima lo resolvía todo, sino que la farmacia no bastaba para atender las enfermedades crónicas. La medicina victoriana tenía presente las condiciones que predisponían a la enfermedad: sicológicas, biológicas y, por supuesto, el medio ambiente².

George Eliot y Annie J. Harvey también vinieron a España en busca de salud. Mary Ann Evans (1819-1880), más conocida como George Eliot, fue traductora, novelista y oráculo de la piadosa *intelligentsia* victoriana. Vivió 24 años con George H. Lewes (1817-1878), hombre de letras: desde 1854 hasta la muerte de este. Según parece, fue la mala salud de Lewes la causa principal del viaje a España en el invierno de 1867³. En cuanto a Mrs. Harvey, que nos visitó en 1872, señala al término de su estancia que los lugares meridionales son admirables para prevenir el desarrollo de la enfermedad. Pero una vez contraída esta, poco se puede conseguir y los sufrimientos del enfermo aumentan debido a la falta de confort y a la depresión causada por estar fuera de casa⁴.

¹ Lady HERBERT, *Impressions of Spain in 1866*, pp. 9-10. Manejo la edición de «The Catholic Publication Society», Nueva York, 1869.

² John PEMBLE, *The Mediterranean Passion. Victorians and Edwardians in the South*, Oxford, University Press, 1987, pp. 84-95.

³ Gordon S. HAIGHT, *Selection from George Eliot's Letters*, Yale, University Press, 1985; G.S. HAIGHT, *George Eliot. A Biography*, Harmondsworth, Penguin, 1985.

⁴ De ahí que su lugar preferido sea Gibraltar, donde el mes de febrero se asemejaba al mayo inglés. Pero las autoridades militares no quieren alojar a este tipo de viajeros, y las «villas» de los

Matilda Betham-Edwards (1836-1919) escribió docenas de novelas y libros para niños, convirtiéndose en miembro destacado del mundo literario londinense. En 1867 hizo un viaje a España acompañada de una amiga íntima. Ambas cruzaron los Pirineos el 10 de noviembre. Su interés en estudiar la obra de Velázquez justifica la larga estancia en Madrid y su desdén por Sevilla, que no se molestó en visitar. En ello influiría su otra pasión por las antigüedades árabes —visitas a Toledo, Córdoba y Granada— y su deseo de llegar pronto a Argelia, donde su amiga poseía una finca⁵.

Marguerite Purvis (1817-1896), más conocida como Mrs. William Augustus Tollemache, vino a Andalucía en 1869 atraída por sus colecciones pictóricas⁶. Su libro está dedicado a Sir William Stirling Maxwell (1818-1878), que escribió mucho sobre arte español después de haber recorrido nuestro país en 1843, deteniéndose algún tiempo en Sevilla⁷. En este sentido, cabe afirmar que la señora Tollemache pretendía seguir sus pasos.

En cuanto a Frances Dickinson (1820-1898), sabemos que fue novelista, periodista, crítico de arte y, desde 1863, segunda esposa del reverendo Gilbert Elliott, deán de Bristol. Vivió en Roma muchos años y murió en Siena. Estando en Italia, llevó a cabo un viaje por España en 1881. Da a entender por qué vino en el título del libro que publicó posteriormente⁸.

1. FORMAS DE VIAJAR

Lady Herbert se desplaza al viejo estilo. Parte de Inglaterra en compañía de sus hijos —cuatro varones y tres chicas—, un médico y dos amigos. Y va de un lugar a otro de Andalucía provista de las correspondientes cartas de presentación: para el gobernador de la Alhambra, el obispo de Cádiz y el capitán general de Sevilla, por citar algunos ejemplos⁹. Matilda Edwards y su amiga viajaban solas. Que yo sepa, fue en Granada donde por primera y única vez se sirvieron de un guía para ver la Alhambra. Me refiero a Emmanuel Bensacken —un gibraltareño recomendado por Richard Ford en su *Handbook*—, que entretuvo a nuestra viajera hablándole de sus relaciones con Irving, Longfellow y otros ilustres visitantes¹⁰. Los

alrededores suelen estar ocupadas por los oficiales de la guarnición y sus familias. *Cositas españolas; or Everyday life in Spain*, Londres, Hurst and Blackett Publishers, 1875 (2.ª edición), pp. 206-207.

⁵ Matilda EDWARDS, *Through Spain to the Sahara*, Londres, Hurst and Blackett Publishers, 1868, p. 63.

⁶ Mrs. W.A. TOLLEMACHE, *Spanish Towns and Spanish Pictures*, Londres, J.T. Hayes, 1872.

⁷ En 1848 publica sus *Annals of the Artists of Spain*. En 1855 edita aparte las páginas dedicadas a Velázquez, con el título *Velázquez and his Works*.

⁸ F. ELLIOTT, *Diary of an idle woman in Spain*, Leipzig, Bernhard Tauchnitz, 1884, 2 vols.

⁹ Volverá a mencionar a su familia en muy pocas ocasiones. *Impressions of Spain in 1866*, p. 96.

¹⁰ M.B. EDWARDS, *ob. cit.*, p. 169.





problemas empezaron después de que prescindieran de sus servicios. Matilda Edwards se queja porque los granadinos no la dejaron dibujar en paz el día que bajó al paseo de la Alameda. Hacían que se sintiera como el oso que exhiben en las ferias inglesas: cada uno tenía que decir algo acerca del mismo¹¹. La mañana que fueron al Albaicín para comprar algunas muestras de cerámica local, una pandilla de niños y adolescentes las obligó a buscar refugio en su coche. La viajera, que participaba de la idea victoriana de la religión como instrumento de control social, se pregunta cómo es posible que los curas dejen a estos jóvenes permanecer en estado salvaje. A tener en cuenta que George Eliot había visitado el mismo sitio meses antes, acompañada de un guía, sin que nadie la molestara¹².

Annie Harvey optó por confundirse con la población española. Ella y su acompañante no tardaron en vestir de negro, llevando una amplia mantilla y un abanico. De esa guisa, y con la ayuda de un sirviente español que les facilitaba las cosas, rara vez se vieron en dificultades¹³. Frances Elliott, en cambio, no ocultó su nacionalidad y, para sortear cualquier obstáculo, se hizo acompañar a lo largo de su viaje por el mismo sirviente, Jerónimo, una especie de Viernes que hacía lo increíble por esconder sus manos desnudas —le había ordenado llevar guantes—, no coger un paquete y fumar a escondidas¹⁴. En España era más necesario conocer la lengua del país que en ninguna otra parte ya que, fuera de Madrid, apenas se hablaba francés. Mrs. Harvey confiesa que su *bad Spanish* la sacó de apuros en más de una ocasión. Además, podía valorar sus progresos en función de las carcajadas que acompañaban sus equivocaciones en pronunciación y gramática. Matilda Edwards se defendía mediante el empleo de algunas fórmulas de cortesía¹⁵. De creer a Lady Herbert, ella sería la única que conocía bastante el español. Durante su visita a la catedral de Granada se valió de una monja francesa para entender al deán, que hablaba con acento andaluz; más tarde, comprendería perfectamente las explicaciones del bibliotecario de la Biblioteca Colombina, que era natural de Castilla¹⁶.

Los cónsules de Su Majestad estaban para informar a las viajeras y sacarlas de cualquier apuro. Si Lady Herbert recurre al titular del consulado británico en Sevilla, Matilda Edwards descubre los «secretos» de Málaga gracias al cónsul William Mark. Años más tarde, Frances Elliott hará lo mismo con Mr. Wilkinson, cónsul en esta ciudad, y con su homólogo en Cádiz. Según esta viajera, los cónsules residentes en Andalucía se pasaban la vida enviando protestas oficiales a causa de los robos de que eran víctimas sus compatriotas¹⁷. Quedaba el recurso de hacerse acompañar por

¹¹ *Through Spain to the Sahara*, pp. 171-172 y 202-203.

¹² HAIGHT, *George Eliot. A Biography*, pp. 400-401.

¹³ *Cositas españolas; or Everyday life in Spain*, pp. 97-98.

¹⁴ La autora se refiere al indígena que servía a Robinson Crusoe. *Diary of an idle woman in Spain*, I, p. 258; II, p. 66.

¹⁵ *Cositas españolas*, pp. 97 y 159; *Through Spain to the Sahara*, p. 110.

¹⁶ *Impressions of Spain in 1866*, pp. 71 y 130.

¹⁷ *Ibidem*, p. 105; *Through Spain to the Sahara*, pp. 140-141; *Diary of an idle woman in Spain*, II, p. 24, 40-43 y 156.

residentes no españoles. Lady Herbert recorrió Córdoba escoltada por un caballero alemán; años después, Frances Elliott visitaría el casino local acompañada de Mr. Poole, sobrino del cónsul británico en Sevilla, el vicecónsul Mr. Shaw, un clérigo escocés y un irlandés de Málaga¹⁸.

Matilda Edwards no comparte la idea de ir al extranjero con poco equipaje. Ella y su compañera viajaban con sus mejores vestidos y un mínimo de seis baúles. De esa forma eran objeto de un trato educado y tenían asegurado de antemano el uso exclusivo del departamento de 1ª clase en un vagón de ferrocarril. Se instalaban en él con una caja de medicinas, un baño de caucho plegado, un cesto con provisiones, una bolsa de cuero con materiales de dibujo, cuadernos de varios tamaños, una bolsa de seda con agujas e hilos, un viejo bolso con libros de notas, gemelos de ópera, pasaportes; una tetera, una bolsa de agua, un cojín de aire, zapatillas y tres paquetes de libros que contenían casi medio centenar de títulos¹⁹. Muchos ingleses viajaban con estas bibliotecas portátiles, atiborrados de información y, sobre todo, de prejuicios acerca del país que visitan, los cuales van a determinar lo que ven y cómo lo ven²⁰.

1.1. EL TREN Y LA DILIGENCIA

En 1866 Lady Herbert y los suyos se trasladaron en el expreso Madrid-Alicante hasta Alcázar de San Juan. Aquí tuvieron que esperar la llegada del tren de Córdoba, que no venía de esta ciudad pues la línea ferroviaria aún no se había completado. Consiguieron acomodarse en un departamento sin fumadores —un auténtico lujo en España— y dormir algunas horas. En un punto impreciso del trayecto tuvieron que apearse para coger unas diligencias que los llevaron a Córdoba. Desde esta ciudad se desplazaron en tren hasta Málaga, pudiendo disfrutar del paisaje al pasar por el desfiladero del Chorro, aunque se vieran obligados a bajar con su equipaje de mano y continuar a pie cuando el convoy atravesó determinados túneles, considerados inseguros. Lady Herbert volvería a coger un tren para trasladarse de Cádiz a Sevilla, esta vez sin ningún incidente digno de mención²¹.

Al año siguiente Matilda Edwards y su amiga viajaban de Castilleja a Córdoba tras haber reservado un departamento de 1ª clase en el «coche de las señoras»

¹⁸ *Impressions of Spain*, p. 55; *Diary of an idle woman*, II, p. 69.

¹⁹ Entre otros, el «manual» de Ford, la biografía de Velázquez, de W. Stirling Maxwell, un ejemplar del *Quijote* en español, los cuentos de Washington Irving, el libro de Viardot sobre la España musulmana, y la relación del viaje de Teófilo Gautier. *Through Spain to the Sahara*, pp. 26-28.

²⁰ PEMBLE, *ob. cit.*, pp. 68-70.

²¹ *Impressions of Spain*, pp. 42-46 y 103-104. En 1859 se inauguró la línea Sevilla-Córdoba. En 1861, la línea Sevilla-Jerez-Cádiz. Ese mismo año se trabaja ya en la línea Córdoba-Alcázar de San Juan. En 1864 entra en funcionamiento la línea Utrera-Morón-Osuna. En 1865 se concluye la línea Córdoba-Málaga. Remito al texto de Pedro Tedde de Lorca en A.M. BERNAL (coord.), *Historia de Andalucía*, t. VI (Madrid, 1980), p. 371 y ss.



con objeto de evitar a los fumadores. El hecho de despertarse a la mañana siguiente y ver un paisaje distinto desde la ventanilla la induce a afirmar que los ferrocarriles, frente a lo que comúnmente se cree, no han acabado con la poesía del viaje. En el trayecto Córdoba-Málaga las viajeras tuvieron la oportunidad de disfrutar de la belleza del Chorro de los Gaitanes, que les recuerda la edición del Quijote ilustrada por Gustavo Doré. Y aunque les advierten sobre la inseguridad que ofrecen algunos túneles, se niegan a bajar cuando les avisan. Ya tenían bastante con las paradas en las estaciones, tan prolongadas, que les daba tiempo a leer, escribir cartas y dibujar, como si estuvieran en casa²².

La estancia de Miss Edwards y su amiga en Granada coincidió con la apertura de la línea ferroviaria entre esta ciudad y Loja. No hay que decir que participaron en el viaje inaugural. Fueron así testigos de cómo el arzobispo granadino bendecía la locomotora y acto seguido arrancaba el convoy ante el asombro e incredulidad de la gente congregada en la estación. Faltaba un John Leech para inmortalizar la ceremonia. Una vez en Loja, supieron que la construcción del tendido ferroviario corría a cargo de condenados a trabajos forzados, bajo custodia militar. Un sistema carcelario que a Miss Edwards se le antoja saludable y provechoso²³.

En 1869 Mrs. Tollemache tardó quince horas en llegar a Córdoba desde Aranjuez. Más adelante, en el trayecto de Sevilla a Córdoba se sobresaltó al oír unos disparos procedentes del vagón de primera clase, donde, según le dijeron, un viajero les tiraba a los pájaros «para divertirse». Vivirá una auténtica aventura cuando se traslade por ferrocarril de Córdoba a Granada. Como no funcionaba aún el ramal de Antequera a Loja, se vieron forzados a alquilar un coche de mulas con la mala fortuna de que se rompió una rueda en mitad de un descampado. La señora Tollemache y los suyos prosiguieron a pie, en plena noche, a la espera de que el cochero los alcanzara tras haber reparado la avería. Más placenteras le resultaron las ocho horas invertidas en el trayecto Málaga-Córdoba, pues pudo disfrutar de la belleza del Chorro cuyos túneles, según parece, ya eran seguros²⁴.

En 1872 Annie Harvey llega a Córdoba en el tren expreso procedente de Madrid. Este tren nocturno es el más adecuado en un país de inviernos cortos y veranos prolongados, si bien no es aconsejable para los viajeros que deseen ver paisajes. En este caso, deberán acudir a los trenes diurnos, que salen a horas intempestivas y tardan más en cubrir el trayecto. Coincide con viajeras anteriores al recomendar que se use el *coche de las señoras* si se desea evitar el humo del tabaco. Cierto que aquel tiene el inconveniente de que suele ir lleno de niños, pero es cuestión de acostumbrarse²⁵.

Una década más tarde, Frances Elliot nos ofrece una semblanza de la red ferroviaria andaluza que recuerda bastante a la de nuestros días. La viajera llegó a

²² M. EDWARDS, *ob. cit.*, pp. 39-40, 115, 125 y 135-136.

²³ John Leech (1817-1864) fue un famoso caricaturista de la revista *Punch. Through Spain to the Sahara*, pp. 209-214 y 216.

²⁴ *Spanish Towns and Spanish Pictures*, pp. 156-157, 161-165 y 186-187.

²⁵ *Cositas españolas; or Everyday life in Spain*, pp. 142-146.



Sevilla tras quince horas de viaje en el expreso de Madrid. De aquí tomará un tren para Cádiz, vía Utrera. La línea Sevilla-Málaga pasaba ya por La Roda y Bobadilla, siendo aquí donde se les agregaba el convoy procedente de Córdoba y se desenganchaban los vagones que seguían viaje hasta Granada. No existía todavía el ramal Bobadilla-Algeciras, pues el enlace con Ronda se aseguraba mediante coches que recogían a los viajeros en el apeadero de Gobantes. En cada estación había campesinos que vendían agua, naranjas y vino. Los trenes reanudaban la marcha sin aviso previo y la duración de las paradas dependía del tiempo que tardaba el maquinista en fumar un cigarrillo o en departir con los amigos y conocidos. En definitiva, viajar en tren por Andalucía se estaba convirtiendo en una actividad rutinaria²⁶.

Algunas viajeras tuvieron que recurrir a la diligencia para trasladarse de Málaga a Granada o viceversa, pues el enlace ferroviario entre ambas ciudades tardó mucho en estar listo. La duración del viaje dependía del estado del camino y de las condiciones meteorológicas. En este sentido, Lady Herbert tardó dieciséis horas en llegar a Granada debido a las lluvias que cayeron al atravesar la sierra, y otras veinticuatro horas al volver, pues las mulas se hundían continuamente en el barro²⁷. La diligencia, que partía de Málaga a las seis de la tarde, era un vehículo grande, incómodo, dividido en tres partes —berlina, rotonda y cupé— y tirado por nueve mulas. Matilda Edwards recomienda reservar la berlina que, a pesar de su estrechez, es preferible a la rotonda, donde los pasajeros van amontonados y expuestos al humo del tabaco²⁸. La señora Tollemache cogió la diligencia en Loja con destino Málaga, tras haber reservado el cupé. Debajo de ellas estaban los cocheros, que dirigían a las mulas con el látigo, los silbidos y las piedras. El vehículo se balanceaba de tal manera que era preciso agarrarse para no caer²⁹. Por su parte, Annie Harvey señala que esta diligencia podía llevar hasta veinte pasajeros con su equipaje. Los asientos eran duros y estrechos, incluso en la berlina. Un viaje de veinticuatro horas en estas condiciones dejaba maltrechos los huesos; máxime si la porción de espacio reservada a cada pasajero era adecuada solo en el caso de que este fuera delgado y de corta estatura³⁰.

²⁶ Si exceptuamos el tramo Despeñaperros-Córdoba, donde en 1880 el expreso de Madrid había sido atacado por bandoleros; el mismo tramo donde Frances Elliott estuvo a punto de sufrir un accidente a causa de las fuertes lluvias caídas en la zona. *Diary of an idle woman in Spain*, I, pp. 156-157; II, pp. 3, 32, 34-35, 122 y 128.

²⁷ *Impressions of Spain in 1866*, pp. 63-64 y 88.

²⁸ *Through Spain to the Sahara*, pp. 159-160. La berlina estaba en la parte anterior de la diligencia, con un asiento transversal para tres plazas, ventanillas de cristales al frente y dos puertas laterales de vidrio. Va detrás del pescante y debajo de él, pues se encuentra este elevado sobre el techo de la caja. La rotonda está en la parte posterior del carruaje con dos asientos laterales para tres o cuatro plazas cada uno. Tiene puerta trasera central entre los asientos y estribos en todas las puertas.

²⁹ *Spanish towns and Spanish pictures*, pp. 184-185. Detrás del pescante, sobre el techo del carruaje y delante de la barandilla, hay otro departamento, cupé, formado por un asiento transversal para tres plazas abierto por delante con cubierta de cuero para pies y piernas, que se une a una capota como la de los cupés.

³⁰ *Cositas españolas; or Everyday life in Spain*, p. 29.

Ya han pasado los tiempos de las fondas, ventas y posadas que los viajeros denostaban. Siguen existiendo, por supuesto, pero las damas victorianas que van de ciudad en ciudad por los caminos de hierro, encuentran mejores alojamientos. Córdoba, una de las ciudades más provincianas de Andalucía, contaba en 1867 con el *Hotel Suisse*, que ofrecía buenas camas, mejor comida y un servicio demasiado lento para el gusto de Matilda Edwards³¹. Al llegar a Sevilla Lady Herbert y los suyos se hospedaron en un hotel confortable, la *Fonda de Londres*, pero tuvieron que adelantar su marcha porque los precios, exorbitantes, no justificaban la mala calidad de la comida³². Frances Elliott lo visita quince años más tarde, cuando era conocido como *Hotel de Madrid*, y lamenta que no disponga de un salón vetado a los fumadores³³. En lo que toca a Málaga, todas las viajeras se hospedaron en el *Hotel Alameda* y ninguna se fue de él contenta. Si la señora Tollemache lo considera un lugar carente de confort, Frances Elliott añade que el servicio era malo y la comida, peor; aunque el establecimiento dispone de una bonita escalera de mármol³⁴.

Los hoteles granadinos tenían más categoría si hacemos caso del testimonio de las viajeras, las cuales, a excepción de Lady Herbert, se alojaron en hoteles contiguos a la Alhambra³⁵. Matilda Edwards y George Eliot residieron en el *Hotel Ortiz*, al lado de los jardines del palacio; Mrs. Tollemache tuvo ocasión de estrenar el *Washington Irving*, el hotel más confortable de España según Frances Elliott, que también se alojó allí. Annie J. Harvey prefirió, en cambio, la *Fonda de los Siete Suelos*, el otro establecimiento hotelero abierto en la colina de la Alhambra en la década de los setenta³⁶. Estos establecimientos ofrecían veladas folclóricas a cargo de guitarristas y *bailaores* gitanos. Lady Herbert nos describe al rey, o capitán, de los gitanos, como «un hombre muy notable», de treinta o cuarenta años de edad, y herrero de profesión, que tocaba la guitarra como un verdadero artista³⁷. Matilda Edwards asistió a un recital a cargo del mismo individuo, que en esta ocasión bailó, además, con la hija del dueño del hotel. George Lewes nos dice que Antonio —pues así se llamaba el sujeto en cuestión— era un hombre guapo, con voz de barítono, que dirigía la danza ejecutada por tres o cuatro hombres y seis muchachas con el traje típico. Estos fueron los únicos contactos que las viajeras tuvieron con los gitanos andaluces y que, en el caso de Miss Edwards, sirven de pretexto para una

³¹ *Through Spain to the Sahara*, p. 120.

³² *Impressions of Spain*, p. 183.

³³ En España los hombres fuman por doquier y sin pedir permiso. *Diary of an idle woman*, I, p. 150.

³⁴ *Spanish towns and Spanish pictures*, p. 185; *Diary of an idle woman*, II, p. 39.

³⁵ Lady Herbert se alojó en el *Hotel Alhambra*, en las afueras de la ciudad. Las habitaciones, limpias, carecían de hogares o estufas. *Impressions of Spain*, pp. 64-65.

³⁶ Según Frances Elliott, la comida era escasa en el *Washington Irving*. *Diary of an idle woman in Spain*, II, pp. 137-138.

³⁷ *Impressions of Spain*, p. 86.



digresión histórica sobre los mismos extraída, sin duda, de alguno de los libros que llevaba consigo³⁸.

El tema de la comida es casi una obsesión para Annie Harvey. Estando en Sevilla, el olor a ajo y a aceite de oliva rancio le quitaba el apetito en los días cálidos. Residían en una especie de pensión donde les servían comidas abominables: sopas con trozos de carne desconocida, dura y carente de sabor; pescados sin identificar y, lo peor de todo, la terrible *olla*: plato nacional compuesto de judías pintas, o gazpachos, pedazos de salchicha, pan y verduras condimentados con ajo, cebolla o chilis, y sazonados con azafrán, vinagre y aceite. Confiesa la viajera: «Nunca puedo pensar en esta *olla* sin estremecerme»³⁹. No había mantequilla para desayunar. Según Mrs. Harvey, hasta hacía pocos años se vendía en las farmacias como un ungüento y ahora solo podía encontrarse en algunas casas particulares⁴⁰. Matilda Edwards la probó por vez primera en el *Hotel Ortiz* de Granada, gracias a que en el *carmen* de Madame Calderón de la Barca, escocesa de origen, había una lechería para beneficio de los visitantes de la Alhambra⁴¹. La esposa francesa del jardinero hacía mantequilla, que vendía junto con la nata de la leche, aprovechando las ausencias de la señora⁴².

2. LAS CIUDADES Y EL PATRIMONIO HISTÓRICO ANDALUZ

Las ciudades andaluzas compartían dos defectos: el pavimento irregular y los malos olores. Lady Herbert destaca lo primero al señalar que desplazarse en coche por Granada y Sevilla le dislocaba los huesos⁴³. Matilda Edwards, que califica de execrable el estado del pavimento granadino, destaca asimismo el olor a pescado —crudo, hervido y frito— de las calles de Málaga⁴⁴. Por su parte, Frances Elliott constata el abandono de las calles en las zonas residenciales de Sevilla y censura la actitud de quienes viven allí, los cuales se desentienden al considerar que es un problema del ayuntamiento⁴⁵.

³⁸ *Through Spain to the Sahara*, pp. 193-201. Lewes compara el cante gitano a un aullido salvaje. G.S. HAIGHT, *ob. cit.*, p. 401.

³⁹ *Cositas españolas*, pp. 161-162. En cambio, sí le gustaban las bebidas frías (pp. 163-164).

⁴⁰ *Ibíd.*, p. 162.

⁴¹ *Through Spain to the Sahara*, p. 166.

⁴² *Impressions of Spain*, pp. 82-83. Frances Erskine Inglis (Edimburgo 1806-Madrid 1882) casó con Ángel Calderón de la Barca, embajador de España en Méjico. Las cartas remitidas a su familia desde la capital mejicana entre diciembre de 1839 y enero de 1842 sirvieron de base para su libro *Life in Mexico during a residence of Two Years in that Country* (Boston, 1843). A su regreso se convierte al catolicismo y, ya viuda, fue institutriz de las hijas de Isabel II. En 1876 Alfonso XII le otorga el título de marquesa de Calderón de la Barca.

⁴³ *Impressions of Spain*, pp. 66 y 108.

⁴⁴ *Through Spain to the Sahara*, pp. 147 y 206.

⁴⁵ *Diary of an idle woman*, I, p. 161.



Córdoba es considerada como la ciudad más muerta de todas las ciudades muertas por George Lewes —el compañero de George Eliot—, con quien pasó allí dos días⁴⁶. La señora Harvey la juzga atrasada porque no hubo forma de que en sus comercios la dejaran pagar con oro inglés o francés, como era habitual en cualquier ciudad italiana o alemana de segunda fila⁴⁷. Sin embargo, tres lustros más tarde Frances Elliott nos habla de una Córdoba moderna cuyo signo visible era un antiguo convento transformado en casino, que visitó el Príncipe de Gales a su vuelta de la India⁴⁸. En el caso de Granada, la Alhambra importa más que la ciudad. Matilda Edwards asegura que le suponía un gran esfuerzo bajar a esta pues, aparte de la Alcaicería, ninguna otra cosa merecía la pena⁴⁹.

Málaga concita opiniones muy severas. Aparte del clima, es una ciudad aburrida y carente de interés según Lady Herbert⁵⁰ y Miss Edwards, que estuvo en noviembre y soportó mucho viento y polvo, opina que deberían levantar fuera de la ciudad un hotel para los enfermos, que no soportan ni el calor ni los malos olores⁵¹. Para Mrs. Tollemache cualquier ventaja del clima se ve contrapesada por el menosprecio de todas las reglas sanitarias en una ciudad verdaderamente sucia⁵², y Mrs. Harvey considera que Málaga no es lugar para una residencia prolongada porque, siendo cálido y abrigado, al estar estrechamente rodeado por colinas arenosas el clima provoca laxitud y el deseo de subir a las alturas para que los pulmones reciban aire fresco⁵³. Y Frances Elliott no se explica por qué el clima malagueño goza de tanto predicamento fuera de España⁵⁴. Otro tema tópico es la delincuencia. Según Matilda Edwards, la gente corriente es sucia, desagradable, con mirada malévola; mitad gitanos y mitad bandidos. Se apoya en un libro del reverendo James Meyrick, clérigo anglicano residente en Málaga, al afirmar que en 1857 todavía eran corrientes los asesinatos callejeros⁵⁵. Muchos años después Frances Elliott mantiene que la población malagueña es la más sanguinaria de España⁵⁶.

Annie J. Harvey y su acompañante se sintieron abrumadas por las cosas que había que ver en Sevilla: «Para los que no son muy fuertes, o más bien *lazy* —escri-

⁴⁶ G.S. HAIGHT, *ob. cit.*, p. 401.

⁴⁷ *Cositas españolas*, p. 156.

⁴⁸ *Diary of an idle woman*, II, p. 69. El heredero de la corona británica viajó a la India entre octubre de 1875 y mayo del año siguiente.

⁴⁹ *Through Spain to the Sahara*, p. 206.

⁵⁰ No obstante, permaneció allí un mes disfrutando de la hospitalidad de la alta sociedad local. Cf. *Impressions of Spain*, pp. 56-58.

⁵¹ *Through Spain to the Sahara*, pp. 146 y 147.

⁵² *Spanish towns and Spanish pictures*, p. 185.

⁵³ *Cositas españolas*, pp. 209-210.

⁵⁴ *Diary of an idle woman*, II, p. 39.

⁵⁵ *Through Spain to the Sahara*, p. 146.

⁵⁶ Asegura que se cometían dos asesinatos diarios. *Diary of an idle woman*, II, p. 39.

be— esta necesidad de ir a todas partes provoca un sentimiento de rebeldía». Por eso deciden ver unos cuantos monumentos con tranquilidad, pero al prolongarse su estancia en la ciudad, vuelven a visitar los que más les habían gustado⁵⁷. La pintura es lo que interesa sobre todo a la señora Tollemache. Mientras que Lady Herbert y Frances Elliott hablan de todos los *lion* sevillanos: la catedral, los reales alcázares, el palacio de San Telmo, la casa de Pilatos, la Lonja, las excursiones a Itálica y Santiponce, etc. Lady Herbert se entretuvo en visitar todos los conventos importantes de Sevilla; es la única viajera que habla de la Cartuja y de un inglés que «makes ugly cheap pots and pans to suit the tastes and pockets of the Sevillans»; se ocupa, asimismo, de la Fábrica de Tabacos y alaba la destreza de las cigarreras⁵⁸. Por su parte, Frances Elliott tuvo la desgracia de padecer una riada durante su estancia en Sevilla y confiesa que llegó a sentir miedo los días en que la ciudad se quedó sin gas, teatros y bailes⁵⁹.

2.2. LAS CATEDRALES Y LAS PINACOTECAS

La catedral de Granada resulta decepcionante para Lady Herbert y para Mrs. Tollemache. Ambas consideran que su estilo es más pagano que cristiano, y la primera añade que le recuerda a las iglesias londinenses del período georgiano⁶⁰. El juicio de Frances Elliott es contundente: la catedral granadina se encuentra en el grupo de las menos artísticas de España, junto con las de Cádiz, Jaén, Málaga y Valencia⁶¹. De la catedral gaditana, concretamente, se decía que estaba fuera de lugar porque su estilo *palladiano* no encajaba en el sur morisco⁶².

Lady Herbert y Frances Elliott coinciden al destacar la grandeza de la catedral de Sevilla. La segunda señala que este es el rasgo que la define, lo mismo que la elegancia caracteriza a la de León y la riqueza a la catedral de Toledo. Una y otra recomiendan visitar el templo mayor sevillano al atardecer si se quieren apreciar los múltiples detalles del interior⁶³. George Eliot opina que la catedral de Sevilla y el museo de Madrid «son suficientes para justificar la civilización occidental, con todos sus defectos». Y agrega que contemplar los cuadros que poseía el cabildo la ayudó a soportar los mosquitos de Sevilla⁶⁴. Si Mrs. Tollemache describe todas las obras importantes que albergaba la catedral, Annie Harvey, decepcionada por el «San Antonio» de Murillo, critica que los cuadros estén cubiertos y hayan de con-

⁵⁷ *Cositas españolas*, pp. 164-165 y 170.

⁵⁸ El inglés de la Cartuja es, sin duda, el primero de la *dinastía* Pickman. *Impressions of Spain*, pp. 145 y 182.

⁵⁹ *Diary of an idle woman*, I, cap. xx.

⁶⁰ Ambas aprecian el encanto de la Capilla Real. *Impressions of Spain*, p. 71; *Spanish towns and Spanish pictures*, pp. 176-180.

⁶¹ *Diary of an idle woman*, II, pp. 167-168.

⁶² *Impressions of Spain*, p. 97; *Diary of an idle woman*, II, pp. 25-26.

⁶³ *Ibíd.*, pp. 109-113; I, pp. 191-195.

⁶⁴ Carta a Bárbara Bodichon (Londres, 18 de marzo de 1867); G.S. HAIGHT, *ob. cit.*, p. 401.

templarlos bajo la atenta mirada de un custodio⁶⁵. La pintura de Bartolomé Murillo interesaba a los ingleses desde hacía décadas, aunque preferían las obras que no manifestaran con fuerza el sentimiento católico del artista⁶⁶. La señora Tollemache se ocupa con detalle de los seis cuadros que el artista sevillano ejecutó con destino al Hospital de la Caridad y comenta algunos de ellos —el milagro de los panes y los peces, San Juan de Dios—, mientras que Mrs. Harvey destaca la ventaja que supone ver las obras en el mismo lugar para el que habían sido concebidas. No ocurría lo mismo con el antiguo convento de la Merced, convertido en museo de Bellas Artes gracias a los esfuerzos del deán Manuel Cepero, que reunió allí cuadros valiosos que habían estado a punto de perderse a causa de la Desamortización⁶⁷. En su visita a este museo, Tollemache describe nueve obras de Murillo, dos de Zurbarán, una de Torrigiano, una de Roelas y otra de Herrera el Viejo. Un cuadro del primero —la Visión de S. Francisco— la lleva a criticar la actitud de un compatriota que, basándose en la Biblia, rechaza la leyenda y, por tanto, menosprecia la pintura: la ignorancia «no es un don en una galería de pinturas»⁶⁸.

Quiero detenerme un instante a comentar ciertos frescos conservados en la Cartuja de Granada que, sin tener mucho valor artístico, no pasaron desapercibidos al estar relacionados con la persecución religiosa en la Inglaterra de Enrique VIII. Este monarca se sirvió de Thomas Cromwell para disolver los monasterios y casas conventuales del reino y quedarse con sus rentas, ofreciendo a los frailes y monjes una pensión a cambio. Pero el abad del monasterio cartujo de Glastonbury se negó, razón por la que tanto él como su comunidad fueron sometidos a tortura. En este sentido, las pinturas de la Cartuja ofrecen una galería de monjes azotados, descuartizados, degollados, quemados... El guía recomienda a Lady Herbert, católica, que más vale que sus acompañantes piensen que las pinturas tratan de los horrores de la Inquisición, un tema que siempre atrae a los ingleses⁶⁹. Si Matilda Edwards se sorprende porque los españoles crean que sus compatriotas siguen siendo tan fanáticos como en tiempo de los Tudor, Mrs. Tollemache se ríe del guía, que ha confundido a Thomas Cromwell con el Lord Protector⁷⁰. Frances Elliott, que describe los frescos en cuestión, al ser informada por su cicerone que aquello sucedió después del matrimonio del rey Enrique con Ana Bolena, concluye que las pinturas son una venganza de los cartujos por el repudio de Catalina de Aragón⁷¹.

⁶⁵ Mrs. Tollemache también repara en los órganos y sus tubos horizontales, que habría que imitar en las catedrales inglesas. *Spanish towns and Spanish pictures*, pp. 127-134; Mrs. HARVEY, *ob. cit.*, p. 173.

⁶⁶ *Impressions of Spain*, pp. 31 y 32.

⁶⁷ *Spanish towns and Spanish pictures*, pp. 145-155; *Cositas españolas*, pp. 173 y 176.

⁶⁸ TOLLEMACHE, *ob. cit.*, p. 151.

⁶⁹ *Impressions of Spain*, p. 78.

⁷⁰ *Through Spain to the Sahara*, p. 170; *Spanish towns and Spanish pictures*, pp. 180-181.

⁷¹ *Diary of an idle woman*, II, pp. 171-173.

2.3. LOS MONUMENTOS ÁRABES

Todas las viajeras condenan la iglesia construida en el interior de la mezquita de Córdoba porque interrumpe la perspectiva del bosque de columnas. La más dura es Matilda Edwards, que manifiesta su enfado por la supresión de cualquier vestigio de la fe islámica⁷². La señora Tollemache considera que la mezquita no es un lugar apto para el culto: sus múltiples columnas y arquerías proporcionan goce estético pero no elevan el espíritu⁷³. Otra observación interesante es la de Annie Harvey, cuando escribe acerca de la Puerta del Perdón. Afirma que los cristianos han tomado y adaptado del arte oriental, pero no al revés; ni siquiera en España⁷⁴.

Pedro I el Cruel interesaba a los ingleses cultos por el recuerdo que había dejado en la historia de Sevilla y porque fue suegro de Juan de Gante, duque de Lancaster, que reclamó el trono de Castilla después de su muerte. De ahí que la memoria de este monarca salga a relucir cuando las viajeras visitan los reales alcázares sevillanos y, en especial, sus jardines⁷⁵. También resulta inevitable la comparación con la Alhambra. Los alcázares están mejor conservados que esta porque no han dejado de ser alojamiento de reyes, pero debido a eso han perdido parte de su encanto original, observa Mrs. Harvey⁷⁶. Pero es la Alhambra el monumento que supera las expectativas de las viajeras por razones que considero obvias⁷⁷. Al recorrerla no se puede pensar, solo sentir, nos dice Lady Herbert⁷⁸. Para Matilda Edwards la Alhambra está arruinada en su conjunto, pero se mantiene perfecta en alguna de sus partes; y la compara, muy acertadamente, con una joya antigua: «Algunas de las piezas se han caído, el oro está deslustrado, el cierre está roto, la corona está doblada, pero si se contempla un ratito, todo se convierte en lo que una vez fue»⁷⁹.

Otras viajeras valoran más los paisajes que pueden contemplarse desde la antigua ciudad palaciega. Para George Eliot, la vista de la luz solar reflejándose en las cumbres de Sierra Nevada al atardecer justifica un viaje tan largo⁸⁰. Mrs. Tollemache —que compara el color verde de la Vega con el de un prado inglés— se emociona al contemplar la puesta de sol desde la Torre de la Vela, mientras los ruiseñores cantan en el bosque de la Alhambra. Corría el mes de mayo cuando la viajera estuvo en Granada y se enteró de que el gobierno vendía o alquilaba algunas

⁷² *Through Spain to the Sahara*, p. 128.

⁷³ *Spanish towns and Spanish Pictures*, p. 158.

⁷⁴ *Cositas españolas*, p. 151.

⁷⁵ *Impressions of Spain*, pp. 105-107; TOLLEMACHE, *ob. cit.*, pp. 134-137; F. ELLIOTT, *ob. cit.*, cap. XVIII.

⁷⁶ *Cositas españolas*, p. 177.

⁷⁷ Una visión general en B. KRAUEL HEREDIA, «Peregrinación británica a la Alhambra», en *La imagen romántica del legado andalusí*, Barcelona, 1995, pp. 79-84.

⁷⁸ Esta viajera da cuenta, asimismo, de los trabajos de restauración emprendidos por el arquitecto Rafael Contreras. Cf. *Impressions of Spain*, pp. 68-71.

⁷⁹ *Through Spain to the Sahara*, p. 176.

⁸⁰ Ver carta a John Blackwood (Granada, 21 de febrero de 1867) en *Letters*, p. 328.

torres de la muralla. No vacila al afirmar que cualquiera de ellas sería una hermosa residencia veraniega⁸¹.

Annie Harvey conoció a algunos de los «hijos de la Alhambra» que habitaban esas torres medio en ruinas. Trataron amistad con la familia que vivía en la Torre de las Infantas, que las invitó a comer en varias ocasiones. Y tuvieron que vérselas con los pilluelos de los alrededores, que no cesaban de pedirles *cuartos* en sus paseos matutinos. Buscaron a un grandullón que los mantuviera apartados y, sin saberlo, cometieron el mismo error que el Dr. Frankenstein al crear a un ser del que no pudieron desprenderse luego⁸². En cambio, Frances Elliott tuvo que soportar a aquellos compatriotas, carentes de sensibilidad, con los que se topaba durante sus paseos por el palacio de los nazaries: en la Torre de Comares, en el Patio de los Leones o en la Sala de la Justicia oírá comentar los últimos chismes de Londres a los turistas de la agencia Cook que recorrían el recinto sin prestar atención a las bellezas del mismo⁸³. Los expatriados británicos residentes en Italia echaban pestes de los llamados *cookites* —pioneros del turismo moderno— porque ponían en peligro la atmósfera frágil y la belleza de las ciudades italianas. En este sentido hay que interpretar los comentarios de la señora Elliott, la cual, recordémoslo, vivía en Italia⁸⁴.

3. LOS ANDALUCES

No vamos a encontrar un análisis de la sociedad andaluza en los relatos de las viajeras. Tampoco parece que estas sintieran la necesidad de hacerlo. A fin de cuentas van a moverse dentro de círculos de clase media-alta, sin apenas tener contacto con el pueblo, y sus juicios van a estar determinados por lo que oigan dentro de los círculos citados, si es que no venían ya cargadas de prejuicios. Lady Herbert nos ofrece un ejemplo de lo antedicho en su entrevista con Fernán Caballero. Esta escritora costumbrista supo captar magistralmente los ambientes andaluces, ofreciendo retratos verosímiles de los tipos populares. Pero en sus obras hay demasiado maniqueísmo. Cecilia Böhl de Faber prefería el campo a la ciudad: el liberalismo urbano corrompía y sus nuevas formas de vida se oponían a las antiguas tradiciones campesinas. La nostalgia explica que en su visión de la sociedad andaluza aparezcan solo las clases populares y la aristocracia, mientras que la clase media no existe⁸⁵. Lady Herbert la visitó en su apartamento del Alcázar sevillano —que le había cedido la reina— y

⁸¹ *Spanish Towns and Spanish Pictures*, pp. 173 y 182. Lady Herbert menciona a un compatriota que vivía ya en una de esas torres. Cf. *Impressions of Spain*, p. 66.

⁸² *Cositas españolas*, pp. 49 y 56.

⁸³ *Diary of an idle woman*, II, pp. 145, 150 y 153-154.

⁸⁴ *The Mediterranean Passion*, p. 170.

⁸⁵ Sigo a Pilar Palomo en *Historia de Andalucía*, t. IX (Madrid, 1980), pp. 250-252.

⁸⁶ *Impressions of Spain*, p. 132. Intentó crear una Sociedad Protectora de Animales similar a la londinense, llevada por su ternura hacia aquellas criaturas, «una rara virtud en España».

se rindió ante sus gustos refinados y su sensibilidad religiosa. Disfrutó oyéndola contar anécdotas de la vida española, sobre todo en las clases humildes. Desde su punto de vista, Fernán Caballero lleva razón al declarar que el catolicismo no es la religión del pueblo, «es su vida». Y llama la atención sobre la pureza moral del campesinado andaluz, su limpieza y su cortesía, que contrastan con las de los campesinos ingleses. Da la impresión de que la viajera ha encontrado su alma gemela⁸⁶.

3.1. HOMBRES Y MUJERES

A Lady Herbert le gusta la forma de vestir de los granadinos. Ellas llevan chales o mantones de colores brillantes —amarillo, naranja o rojo—, con flores en un lado de la cabeza, justo encima de la oreja. Los hombres, chaquetas cortas de terciopelo, chalecos con botones de plata colgantes —que pasan de padres a hijos—, sombreros de alas anchas; faja roja en la cintura, polainas de cuero sin curtir que se abren, con tiras de cuero colgando y botones de plata; capa si hace frío⁸⁷. Refiriéndose a los cordobeses, Matilda Edwards anota: chaqueta de piel de oveja, sombrero nacional, faja y polainas de cuero cordobés. En cuanto a las mujeres, aunque la mayoría vistan algodón barato, de Manchester, no olvidan la mantilla y el abanico a la hora de ir a misa⁸⁸.

En las corridas de toros la mujer sustituye la mantilla negra por otra de color blanco, que apenas la resguarda de los rayos del sol⁸⁹. Mrs. Harvey observa que las españolas rara vez se sirven del parasol. Y Matilda Edwards señala que para ellas —al revés que los hombres— no hay diferencias entre el invierno y el verano a la hora de vestir⁹⁰. Lady Herbert, que no quiere pasar por envidiosa, se pregunta si la manera de vestir de las gaditanas no tiene mucho que ver con su cacareada belleza, y opina que otro gallo cantaría si vistieran a la usanza europea⁹¹. Annie Harvey es más objetiva al juzgar a las andaluzas, en especial a las sevillanas. Aunque no sean bonitas en sentido literal, tienen los ojos hermosos, una figura exquisita y se mueven con gracia; destaca, asimismo, la belleza de las manos y de los pies, que son pequeños. En cuanto a los hombres, brillantes e inteligentes, son atractivos por la diligencia que ponen en lo que dicen o hacen. Pero es su encanto y su desgracia porque pronto desisten de su propósito, como es habitual en las gentes del sur⁹².

No podía faltar el consabido comentario sobre la decencia femenina. Matilda Edwards señala que las señoras jóvenes salen a la calle acompañadas puesto que, de lo contrario, se arriesgan a ser objeto de comentarios de los viandantes masculinos.

⁸⁷ *Impressions of Spain*, p. 85.

⁸⁸ *Through Spain to the Sahara*, pp. 122-123.

⁸⁹ *Spanish Towns and Spanish pictures*, p. 127.

⁹⁰ *Cositas españolas*, p. 114; *Through Spain to the Sahara*, pp. 42-43.

⁹¹ *Impressions of Spain*, pp. 101-102.

⁹² *Cositas españolas*, pp. 101-102 y 183.

Y remite a Mesonero Romanos al añadir que acuden solas a las tiendas porque estas son lugares de citas⁹³. Frances Elliott se refiere a las seguidillas y fandangos como danzas que se ejecutan con el cuerpo más que con los pies. Una especie de *can can* oriental sumamente desvergonzado. E informa a sus lectores que vio a las jóvenes bailarlo sin sentimiento de culpa delante de sus padres y de sus hermanos⁹⁴.

3.2. LA CORRIDA DE TOROS

Matilda Edwards vio una corrida en Madrid antes de partir para Toledo y, luego, Andalucía. En la estación de Castilleja, entabla conversación con unas señoras españolas e intenta averiguar lo que piensan acerca de la *fiesta nacional*. Una se muestra reticente a hablar dado que los extranjeros «opinan demasiado» sobre las corridas. Otra confiesa que el espectáculo, aun siendo horrible, le divierte. Una tercera agrega que todo el mundo critica las corridas pero van a verlas, incluyendo a las señoras inglesas que luego cuentan lo que quieren⁹⁵. Annie J. Harvey también vio una corrida en Madrid, pero se marchó de la plaza tras la muerte del primer toro. Para ella es un consuelo comprobar que pocas damas de la buena sociedad, empezando por las más jóvenes, acuden a contemplar el espectáculo: las clases altas ya no miran la fiesta con buenos ojos. Pero en provincias se mantiene el viejo sentimiento nacional. Y en su condición de inglesa rechaza la comparación de la corrida con la caza del zorro: este tiene una oportunidad para escapar que se niega al toro⁹⁶. La señora Tollemache estuvo en Sevilla durante la feria de abril pero, aparentemente, se abstuvo de ir a la Maestranza. No obstante, trata el tema de las corridas al recoger las opiniones de otros extranjeros, que se alojaban en la misma pensión. Un ciudadano francés considera que el espectáculo es soberbio pero cruel, y se muestra disgustado consigo mismo por haber ido a verlo. Otro, inglés, lo califica de aburrido y cruel; el francés conviene en que está decayendo y, al mismo tiempo, es cruel⁹⁷. Frances Elliott asistió a la corrida celebrada el domingo de Pascua en Granada. Había una gran expectación pues toreaba Frascuelo y en la plaza pudo ver a muchos ingleses. No es sorprendente que le disguste la brutalidad con la que eran tratados los caballos. En

⁹³ Observaciones formuladas a su paso por Córdoba. *Through Spain to the Sahara*, pp. 131 y 132.

⁹⁴ Sucedió en Sevilla. *Diary of an idle woman*, I, p. 177.

⁹⁵ *Through Spain to the Sahara*, p. 114. Su descripción de la corrida madrileña, en pp. 56-62.

⁹⁶ *Cositas españolas*, pp. 131-132. Para la comparación con ciertos deportes ingleses, véase B. KRAUEL HEREDIA, «Crueldad inglesa y crueldad española. La corrida de toros como pretexto», en *AEDEAN. Select Papers in Language, Literature and Culture. Proceedings of the 17th International Conference*, Vigo, 2000, pp. 171-176.

⁹⁷ *Spanish towns and Spanish pictures*, pp. 138-139. El testimonio de Lady Herbert, que vio una corrida en Sevilla, en B. KRAUEL HEREDIA, «Cinco viajeras inglesas ante la *Fiesta Nacional*», en M.ªA. CONEJO, y otras, *La mujer en el mundo de habla inglesa: autora y protagonista*, Málaga, 1989, pp. 83-104.

este sentido, la muerte del toro le resulta menos *shocking*: suena el clarín y el matador «con postura garbosa» estudia a la bestia, y esta a él, antes de propinarle la estocada mortal. Pero le interesa más el ambiente reinante en el coso. Como en todo lo que hacen los españoles —excepto hablar—, en las corridas hay largas pausas. Los matadores se retiran a charlar y fumar un cigarrillo, mientras que el toro deambula sin rumbo, la banda no deja de tocar malos vales, los picadores intercambian saludos con el respetable y los vendedores de naranjas vocean su mercancía⁹⁸.

3.3. LA RELIGIÓN CATÓLICA

El culto católico presentaba a ojos de las viajeras rasgos singulares como la falta de asientos en las iglesias. Lady Herbert se queja de lo pesado que fue el servicio del Domingo de Ramos en la catedral de Cádiz al no haber sillas o bancos. Tuvo que permanecer arrodillada mientras que las españolas, durante el sermón, se sentaban en los talones tal y como les enseñaron en su niñez. La señora Tollemache, que asistió a la misa de Corpus Christi en la catedral de Sevilla, lamenta no tener la habilidad de las del país para dejarse caer sobre el pavimento durante el sermón, que duró una hora⁹⁹. Lady Herbert y Frances Elliott tuvieron ocasión de presenciar procesiones de Semana Santa en Sevilla y Granada respectivamente. La primera constata que los desfiles del Miércoles Santo son muy apreciados por el pueblo. También le resulta conmovedor el orden que reina en los mismos y el hecho de que la gente de calidad no dude en andar horas y horas para honrar al Señor. Todas las cofradías entraban en la Catedral portando imágenes de tamaño natural. A los ingleses, que prefieren las vírgenes pintadas por Raphael, les disgustan estas otras, adornadas con joyas, pañuelos y toda la parafernalia de las damas del siglo XIX¹⁰⁰. Por su parte, Frances Elliot contempló una procesión del Viernes Santo granadino: carabineros a caballo, bandas que interpretan marchas fúnebres, centuriones de aspecto fiero, aguadores y vendedores de dulces que gritan al paso del Salvador coronado de espinas. Pero la excitación se apodera del público cuando se acerca la Virgen: una enorme muñeca coronada de diamantes, de cara pálida y ojos profundos, mano anillada, levantada para bendecir, y vestido imperial de tejido escarlata, bordado en oro. Como la viajera no entiende que el paso de la Virgen levante más expectación que el de su Hijo, le pide explicaciones a Jerónimo, su sirviente, el cual responde: *¿Qué quiere la señora? El Cristo está muerto, y no se hace nada por los muertos. ¡La Virgen está viva!*¹⁰¹.

No dejaba de llevar razón a la vista del trato de que eran objeto los cuerpos de los difuntos; al menos los de los indigentes. Lady Herbert vio un cortejo mor-

⁹⁸ Los «malos vales» deben ser los pasodobles. *Diary of an idle woman*, II, pp. 202-203.

⁹⁹ *Impressions of Spain*, p. 100; *Spanish towns and Spanish pictures*, p. 167.

¹⁰⁰ *Impressions of Spain in 1866*, pp. 119 y 120.

¹⁰¹ *Diary of an idle woman in Spain*, II, p. 181.



tuorio en Granada: el ataúd iba descubierto, seguido de deudos que cantaban himnos. Pero todo el respeto y decencia desaparecían como por ensalmo al llegar al camposanto: el cadáver era desnudado y arrojado brutalmente a una fosa, que permanecería abierta hasta que no se llenase¹⁰². Matilda Edwards, que también tuvo la oportunidad de ver otro cortejo fúnebre en Granada, cuenta que en un momento dado los portadores del ataúd se detuvieron para liar un cigarrillo y conversar¹⁰³. Refiriéndose a Sevilla, Frances Elliott escribirá más tarde que los padres arrojaban a sus hijos muertos a la fosa porque no podían pagar los ataúdes. A veces los colgaban en la puerta del cementerio, confiando en que alguien se apiadaría de ellos¹⁰⁴.

A la vista de los cambios acaecidos en España durante las últimas décadas, Matilda Edwards se pregunta hasta qué punto los españoles seguían siendo católicos. Saca el tema a relucir a su paso por Málaga, si bien no está claro en qué medida nos ofrece sus propias consideraciones o las que el reverendo James Meyrick vierte en su libro *Church of Spain*. Destaca el tono desdeñoso con que todas las clases sociales se refieren al clero; el hecho de que los jóvenes huyan de los sacramentos, la excesiva mariolatría y que el rezo del rosario siga siendo más importante que la lectura de las Sagradas Escrituras¹⁰⁵.

Mrs. Tollemache da cuenta, asimismo, de la falta de respeto al culto católico que manifestaban algunos de sus compatriotas. Con motivo de un incidente acaecido en la catedral de Sevilla durante la celebración de la santa misa, la viajera lamenta que los ingleses se distinguen más por su mal comportamiento que por la pureza de su religión. Parecen olvidar que están en la casa de Dios y que buena parte del servicio anglicano procede del misal católico¹⁰⁶. La descortesía del turista británico era bien conocida en Roma, donde no desaprovechaban la oportunidad para molestar durante la celebración de los oficios del Viernes Santo en la basílica de San Pedro. Experimentaban un placer perverso al mostrar de este modo su disgusto por la pompa y el esplendor papistas¹⁰⁷.

Lady Herbert se interesó por conocer los establecimientos hospitalarios y asistenciales que regentaban las hermanas de San Vicente de Paúl, orden francesa cuya instalación en España a partir de 1856 se vio favorecida por la reina Isabel II. Un interés en consonancia con el celo que ella tuvo en promover la caridad desde los tiempos de la guerra de Crimea, cuando colaboró activamente con Florence Nightingale¹⁰⁸. A su paso por Madrid había observado la división del trabajo existente entre la rama francesa de la orden y las Hermanas de la Caridad españolas,

¹⁰² *Impressions of Spain*, pp. 81-82.

¹⁰³ *Through Spain to the Sahara*, p. 174.

¹⁰⁴ *Diary of an idle woman*, pp. 165 y 182-184.

¹⁰⁵ *Through Spain to the Sahara*, pp. 51-52, 148-149 y 157.

¹⁰⁶ *Spanish towns and Spanish pictures*, pp. 128-129.

¹⁰⁷ PEMBLE, *ob. cit.*, p. 212.

¹⁰⁸ Acaso por esto dedica su libro a Lady Georgiana Fullerton (1812-1885), escritora convertida al catolicismo en 1846. Nueve años después pierde a su único hijo, no lo supera y se dedica a obras de caridad. No tarda en unirse a la orden terciaria de San Francisco.

que seguían la misma regla. En Granada, mientras estas regentaban el hospital de San Juan de Dios, las hermanas francesas se habían hecho cargo de un amplio orfanato y escuela fundados por Mme. Calderón de la Barca¹⁰⁹. En Málaga, estas mismas hermanas tenían un establecimiento-factoría donde un ciudadano belga enseñaba a las niñas a hacer lazo de Valenciennes. Vendían parte de su trabajo y guardaban los beneficios para proporcionar una dote a las chicas cuando se casaran o se marchasen del establecimiento. Las españolas, por su parte, cuidaban de los pacientes del Hospital Militar¹¹⁰. En Sevilla las hermanas españolas de la Caridad tenían a su cargo el Hospital de la Sangre o de las Cinco Llagas, mientras que en Cádiz, otras monjas de la rama hispana de San Vicente de Paúl dirigían el «Albergue de los Pobres», sito en un palacio donado por un ciudadano acaudalado. Lady Herbert destaca las condiciones en las que viven los huérfanos acogidos a esta institución, las cuales contrastan con el concepto de caridad que la Inglaterra protestante practicaba en las *workhouses*, donde la pobreza se consideraba un crimen. En el hospicio gaditano la sordidez brillaba por su ausencia¹¹¹.

4. LA SITUACIÓN POLÍTICA

La revolución de 1868 había traído a España la libertad de culto. El 18 de abril del año siguiente Mrs. Tollemache asistió a un servicio dominical en el primer piso de una vivienda sita en la calle Zaragoza, de la ciudad de Sevilla. El capellán Mr. Tugwell también daba otro en español que, según le dijeron, estaba muy concurrido. Al parecer, el consulado disponía ya de permiso para levantar un templo o, si lo prefería, aprovechar alguna de las iglesias católicas vacantes¹¹². Tras la marcha de Isabel II al exilio, los militares y los burgueses comprometidos en la revolución van a configurar la nueva situación política y a delimitar el alcance de las reformas. El gobierno provisional presidido por el general Serrano convoca elecciones a Cortes Constituyentes con la participación de todos los varones mayores de veinticinco años. Las cortes se abren el 11 de febrero de 1869 y, aceptada la solución monárquica, se procede a buscar un candidato al trono. Algunos grupos andaluces pensaron en Antonio de Orleans, duque de Montpensier, como futuro rey de España. Este hijo de Luis Felipe residía en Sevilla, en el palacio de San Telmo, desde que contrajera matrimonio con la infanta Luisa, hermana de Isabel II. Inmensamente rico, había participado en múltiples conspiraciones contra su cuñada con el propósito de

¹⁰⁹ *Impressions of Spain*, p. 85.

¹¹⁰ *Ibidem*, pp. 58-61. Matilda Edwards también se interesó por el funcionamiento del hospicio-factoría de Málaga. *Through Spain to the Sahara*, pp. 142-146.

¹¹¹ *Impressions of Spain*, pp. 98-100 (Cádiz) y 160-162 (Sevilla).

¹¹² Sin embargo, fueron los presbiterianos quienes se adelantaron al adquirir, por setecientas libras, una iglesia cordobesa que estaba abandonada. *Spanish towns and Spanish pictures*, p. 160.

¹¹³ A.M. BERNAL, *Historia de Andalucía*, t. VII (Madrid, 1980), p. 18; *Historia de Andalucía*, t. VIII (Barcelona, 2006), p. 48.





reemplazarla en el trono. Pero sus expectativas se vieron truncadas después que matara en duelo a Enrique de Borbón, cuñado de la reina por parte de su marido. Así se impuso la candidatura de Amadeo I de Saboya, promovida por el general Prim, que mandó a don Antonio al exilio en 1870¹¹³.

Los Montpensier van a ser objeto de atención de nuestras viajeras. En 1869 Mrs. Tollemache lamenta no haber podido visitar el palacio de San Telmo debido a la ausencia del príncipe, pues en su interior había algunos cuadros de Zurbarán que antaño colgaron de los muros del Pavilion Marsan de París. Un triste recuerdo ahora, con la dinastía Borbón proscrita y multitud de carteles en las paredes de Sevilla denunciando a los miembros de la familia real «como los peores enemigos de España»¹¹⁴. Annie Harvey, que viene durante el efímero reinado de Amadeo I (noviembre 1870-febrero 1873), nos cuenta que el duque ha vuelto a abrir su palacio a los viajeros y curiosos en general, mientras crece el número de los que envidian su prosperidad¹¹⁵.

El rechazo al rey Amadeo hizo que muchos burgueses y parte de la nobleza andaluza apoyaran la causa del pretendiente don Carlos Isidro¹¹⁶. Mrs. Harvey recorrió una Andalucía donde no faltaban las partidas carlistas. Trabajo les costó coger la diligencia de Granada porque, según les dijeron, la ruta estaba amenazada por los enemigos del rey extranjero. Una vez en Granada, no se atrevían a cabalgar por sus alrededores por miedo a ser atacadas. La llegada de algunas unidades militares provoca alarma en la ciudad y las anima a volver a Madrid. Pero cuando se disponen a tomar el tren, oyen decir que los raíles del tramo Salinas-Bobadilla habían sido arrancados. Y el lobo, tantas veces invocado, acaba presentándose. Su viaje en el expreso de Madrid se ve interrumpido por la voladura del puente de Vílchez por los carlistas. Las viajeras se resisten a bajar del tren: hay hogueras por doquier e individuos de siniestra catadura moviéndose entre ellas. Aunque el revisor les advierte que son «hombres muy guapitos», que intentan arreglar las vías, a ellas les parecen espantosos. Annie Harvey, que presumía de sus progresos en el aprendizaje de nuestra lengua, no había captado la intención del ferroviario¹¹⁷.

Algunos sectores del campesinado andaluz protagonizaron alborotos y revueltas a favor de la instauración de la república, creyendo que esta llevaría a cabo una reforma agraria¹¹⁸. La citada viajera recuerda la ansiedad reinante en Sevilla en vísperas de la fiesta del Corpus de 1872: las reliquias más valiosas se habían guardado bajo llave y las tropas que iban a rendir honores en la procesión llevaban las armas cargadas porque, según decían, los republicanos preparaban un levantamiento. Un rumor plausible pues Sevilla —nos advierte Mrs. Harvey— era para España

¹¹⁴ *Spanish towns and Spanish pictures*, pp. 141-142.

¹¹⁵ Solo la venta de sus naranjas le reportaba tres cuartos de millón de reales al año. Cf. *Cositas españolas*, pp. 171-172.

¹¹⁶ La tercera guerra carlista duró de 1872 a 1876.

¹¹⁷ *Cositas españolas*, pp. 58-60 y 84-87.

¹¹⁸ A.M. BERNAL, *Historia de Andalucía*, t. VIII (Barcelona, 2006), pp. 13-17.

lo que Génova para Italia: el centro del movimiento republicano¹¹⁹. En ese sentido hay que lamentar que no hubiese una Miss, o Mrs. Witt en Andalucía durante la Primera República (febrero 1873-enero1874). Habría merecido la pena leer sus opiniones sobre el cantonalismo andaluz.

Frances Elliott viene a España en 1881. Hacía siete años que reinaba Alfonso XII y el político conservador Antonio Cánovas —artífice de la restauración borbónica— acababa de traspasar la presidencia del gobierno a Práxedes Mateo Sagasta, jefe del partido liberal. A su paso por Sevilla la viajera recuerda al duque de Montpensier, al que la fortuna parece estar dándole la espalda. Ha perdido a sus hijas Mercedes —reina de España durante seis meses— y Cristina, se encuentra al borde de la ruina y sus enemigos insisten en desacreditarlo: no se sabe si le odian por ser francés, por su participación en el asesinato del general Prim o porque, en un arrebato de celos, había envenenado a Mercedes... La estancia de la viajera coincidió con la llegada del rey y de María Cristina, su segunda esposa. Desde una tribuna levantada junto a la Lonja pudo observar que muy pocos espectadores se descubrían al pasar el monarca. Dado que la señora Elliott no simpatizaba con los fumadores, adivino cierta ironía cuando escribe que los sevillanos ya manifestaron su republicanismo en 1868 al asaltar la Fábrica de Tabacos¹²⁰.

La convocatoria de elecciones aquel mismo año hizo que la oposición republicana cerrara filas en torno a Francisco Pi y Margall. Frances Elliott nos proporciona un testimonio inapreciable sobre su campaña electoral, porque coincidió con él en un hotel de Córdoba y en el tren que los llevó luego hasta Granada. En la estación de Puente Genil le esperaban varios centenares de «hombres vestidos decentemente». Al asomarse a la ventanilla, le saludaron más que con vítores con el fuego «de ojos brillantes y mirada fija y sombría». Había muchos guardias civiles vigilando, pues el candidato era un veterano conspirador «y con él estaban dos o tres destacados comunistas». A partir de Loja el tren se detiene en cada apeadero para que el veterano político dirija la palabra a la gente allí congregada. Al llegar a Granada, la viajera tuvo dificultades para salir de la estación, que estaba llena de «comunistas que olían a ajo». Al día siguiente verá a Pi y Margall paseando por la Alhambra con un ramillete de flores en la mano, como Robespierre. A las dos de la tarde tenía previsto asistir a un banquete en el *Hotel de los Siete Suelos*, donde se esperaba que criticase a la monarquía con su elocuencia acostumbrada¹²¹.

Las elecciones de 1881 fueron las primeras elecciones «de verdad» porque Sagasta había legalizado a la Federación Española de la AIT (Asociación Internacional de Trabajadores) antes de convocarlas. Pi y Margall preconizaba, además, una república federal con tendencias socializantes. No es extraño, pues, que Frances

¹¹⁹ *Cositas españolas*, p. 179. Las distintas elecciones nacionales y municipales celebradas entre 1869 y 1873 muestran el peso del republicanismo en Andalucía y, sobre todo, en Sevilla. *Supra*, pp. 54-55.

¹²⁰ *Diary of an idle woman*, I, pp. 161-162 y 239.

¹²¹ *Ibidem*, II, pp. 127-128 y 135-136.

Elliott viera «comunistas» entre sus seguidores. Pero no cree que la opción republicana tenga futuro porque el país quiere monarquía y tranquilidad, sobre todo desde la llegada de la izquierda al poder¹²². No le faltaba razón al pensar de ese modo. Después de la estrepitosa derrota de Pi y Margall en 1886, el republicanismo será solo una forma de protestar contra el mal gobierno de Cánovas o de Sagasta, según leemos en un informe del cónsul británico destacado en Málaga¹²³.

RECIBIDO: junio 2010. ACEPTADO: noviembre 2010



¹²² *Supra*, p. 132. Parece que Mrs. Elliott contempla a Sagasta como la versión española del «premier» Gladstone.

¹²³ Según A.M. BERNAL, ob. cit., t. VII (Madrid, 1980), p. 30.